

EL COLEGIAL INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

EL Colegial

PRECIO
\$1.50
M.R.

ANO I
24 DE OCTUBRE DE 1941
N.º 28

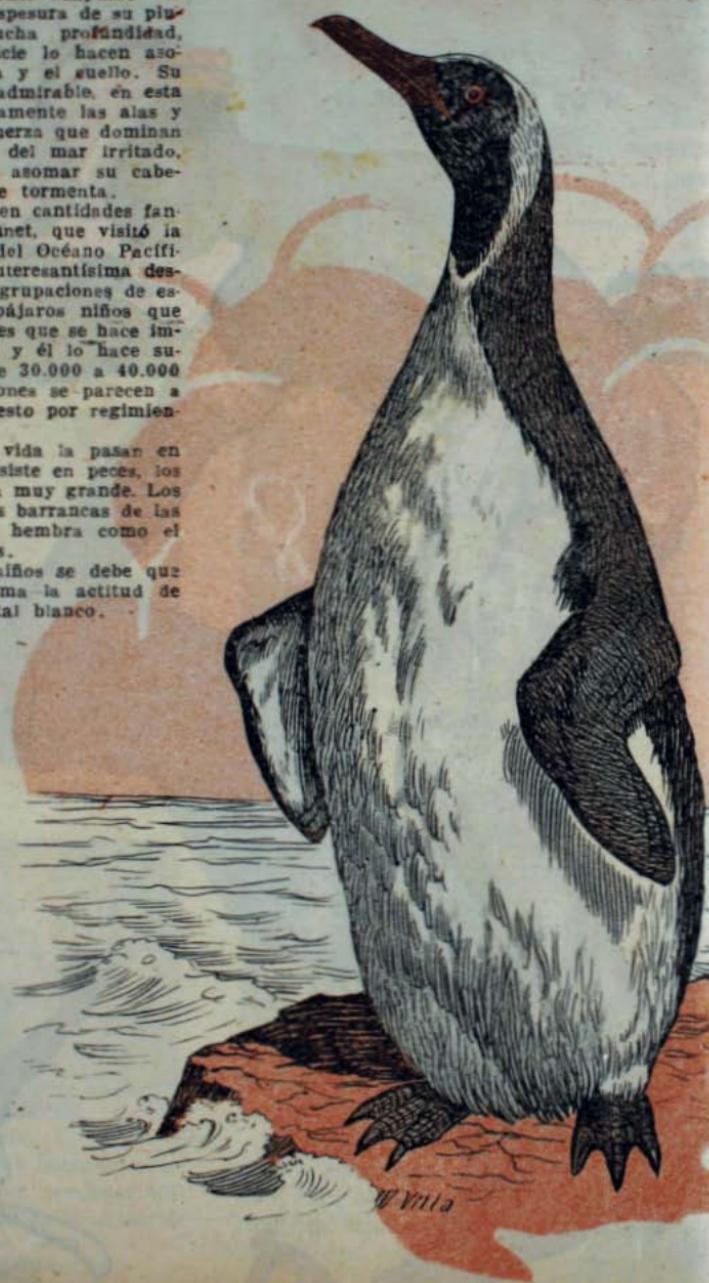


Bajo la denominación de Pájaros Niños, se conocen en los mares de Chile unas aves exclusivamente nadadoras, porque sus alas son inapropiadas para el vuelo, su vida es completamente acuática. La conformación de su cuerpo está totalmente adaptado al agua. Gracias al peso y espesura de su plumaje pueden nadar a mucha profundidad, cuando salen a la superficie lo hacen asomando tan solo la cabeza y el puello. Su fuerza en la natación es admirable, en esta función mueven simultáneamente las alas y las patas y nadan con tal fuerza que dominan con tal facilidad las olas del mar irritado, se sumergen para después asomar su cabeza durante la más terrible tormenta.

Hay islas donde se reunen cantidades fantásticas, como lo dice Bennet, que visitó la Isla Macquarie en el sur del Océano Pacífico; este autor hace una interesantísima descripción de una de estas agrupaciones de esta ave; la multitud de pájaros niños que se reúnen en sitios específicos que se hace imposible calcular el número y él lo hace subir a la fantástica suma de 30.000 a 40.000 ejemplares, estas agrupaciones se parecen a un ejército poderoso dispuesto por regimientos de soldados.

La mayor parte de su vida la pasan en el agua y su alimento consiste en peces, los que cazan con una destreza muy grande. Los pájaros niños anidan en las barrancas de las orillas del mar. Tanto la hembra como el macho incuban los huevos.

El nombre de pájaros niños se debe a que cuando están en tierra toma la actitud de un niño parado con delantal blanco.



Mis queridos amiguitos; tengo una gran noticia que daros. Acaba de salir una revista en Santiago de carácter infantil y cuyo programa de acción concuerda con el programa que hace más de medio año viene desarrollando nuestra revista "El Colegial".

Esta circunstancia, queridos lectores, tiene que llenar a ustedes de justo orgullo, puesto que gracias a la entusiasta acogida que halló "El Colegial" entre ustedes, ha podido ir difundiéndose más y más a través de todo Chile y ser conocido por otras empresas editoriales que decidieron seguir el ejemplo de nuestra revista. Hasta ahora, a pesar de nuestra fe y entusiasmo en la calidad de "El Colegial", temíamos que la tarea que nos impusimos desde un principio fuese inferior a nuestras fuerzas y saber; pero cuando acabamos de ver que aparecen otras revistas siguiendo los mismos rumbos que marcó hace ya tiempo "El Colegial, nuestra fe se ha profundizado y sentimos un santo orgullo que con justicia hacemos extensivo a todos los que trabajan en nuestra revista; redactores, dibujantes, personal de talleres y... nuestros queridos lectores, que son los que siempre tienen la última palabra de consagración definitiva y desinteresada.

Nos congratulamos, pues, de tener un colega que, despojándose de inútiles vanidades y amor propio, se haya alzado como un discípulo nuestro para ayudar, no sólo a instruir a los niños de Chile, sino también a educarlos en los altos principios morales que hacen grandes y respetables a los pueblos y naciones.

¡Hasta el Jueves!

EL COLEGIAL



La Isla de los Cruzados



RECUERDE: Que el aviador Bill Barnes, fué contratado por el Emperador de Jogam, para adiestrar a sus pilotos y que Sandy el más joven, después de volar en un biplano cedido por Elliot, es hecho prisionero de éste, después de haber obtenido de Sandy un sello de la India. Bill lucha hasta que rescata a Sandy, causando la muerte de Elliot. Sandy dice que lo llevaban al Castillo de los Tormentos. Luego en su viaje por el desierto Líbico, se traban en lucha con nueve aviones enemigos. Despues de una lucha encarnizada, obtiene una brillante victoria.

CAPITULO IX

—Ni una palabra.

—Es muy raro. Deben de contener un mensaje para alguien. Lo malo es que no sabemos cómo interpretarlo.

El sol estaba muy alto sobre las colinas del Este, cuando Bill se reunió con su pequeño escuadrón en el campo de aviación de Port Said. Y con toda la rapidez y la concesión posible les dió cuenta de lo ocurrido.

—Ahora vamos a empezar a movernos, dijo al terminar. Es preciso que nos vayamos de aquí mientras podemos hacerlo. Están

todos los motores listos para emprender el vuelo?

Por respuesta recibió una afirmativa general.

—Perfectamente. Pues, vamos Tú, Red, el primero. Luego Cy Beberly y Shorty. Sandy y yo tripularemos el transporte.

Rugió el motor del caza de Red. Bill bajó el brazo. El caza echó a correr en cuanto Red hubo soltado los frenos. Luego el aparato levantó la cola y se elevó con rapidez. Luego siguió Cy y Beberly Bates.

Bill metió los pies en los estribos del timón. Conectó el teléfono interior y recibió el parte de todos los tripulantes.

En la plataforma circular que había encima y detrás de la cabeza de Bill, estaba sentado el joven Sandy. Desde su asiento, situado a tres metros del suelo, podía ver a la vez, el puesto del piloto y el hangar del Aguilucho.

Bill apretó con fuerza el poste de mando del enorme aparato de transporte. El monstruo de ala baja despegó en cuanto bajaron las aletas y Bill inclinó ligeramente el poste de mando hacia atrás.

Los cinco aviones adoptaron la formación acostumbrada cuando

hallaron a dos mil metros por encima del Canal de Suez. A cada lado de éste las amarillas arenas del desierto se prolongaban hasta el horizonte. En larga caravana proseguía lenta su camino a través del Desierto Líbico.

Los dos cazas volaban cada uno a un lado del transporte, a razón de doscientas millas por hora.

Sandy había abandonado su puesto de artillero para ir a sentarse en el de radiotelegrafista. Bill lo vió y le dirigió una sonrisa.

—¿Has leído alguna vez la Biblia, muchacho? le preguntó.

Sandy lo miró asombrado. De pronto recordó las lecciones que le diera Bill en dos viajes anteriores, uno de Madagascar y el otro al Perú.

—Pero no es Ud. el único que lee la Biblia. Esa montaña alta que se ve desde aquí es el Monte Sinaí.

—Muy bien, muchacho, contestó Bill sonriendo. No tengo inconveniente en creer tu afirmación.

—Ya sabe usted, Bill, insistió Sandy, que el emperador de Jogam que le hizo llamar, hace descender su estirpe a los tiempos de la reina Sabá y de Salomón.

Bill miró a Sandy con el rabillo del ojo.

—Me parece que la otra noche dije eso mismo. ¿No es verdad?

—¿Qué vamos a encontrar allí? preguntó Sandy. Tienen un equipo aéreo decente siquiera?

—Nada podrás averiguar por mí, contestó Bill. Al parecer nadie sabe gran cosa sobre el particular. La capital, Ahmara, tiene una población de unos cien mil habitantes. Tienen solamente cosa de seiscientos automóviles en todo el país. Cada jefe provincial tiene un sé-

quito de soldados y servidores. Rara II, el emperador, tiene un ejército de unos ochenta mil hombres. No sé qué clase de ejército es, desde luego. En la capital no hay electricidad. Despues de las ocho de la noche las calles están obscuras y silenciosas.

—Parece muy atractivo todo eso, comentó Sandy.

—Sí, contestó Bill, sardónicamente. Hay algunas pocas instalaciones productoras de electricidad particulares, y en algunos puntos las calles de la capital están macadamizadas o asfaltadas. Hay pocas escuelas.

Se interrumpió Bill al notar que se encendía la lucecita roja en el cuadrante de la radio, hizo la conexión y llegó a sus oídos la voz de Cy Hawkins. Pero en su tono había algo que extrañó a Bill.

—Cy al habla, Bill... Cy al habla.

—Ya te oigo, Cy. Bill a la escucha.

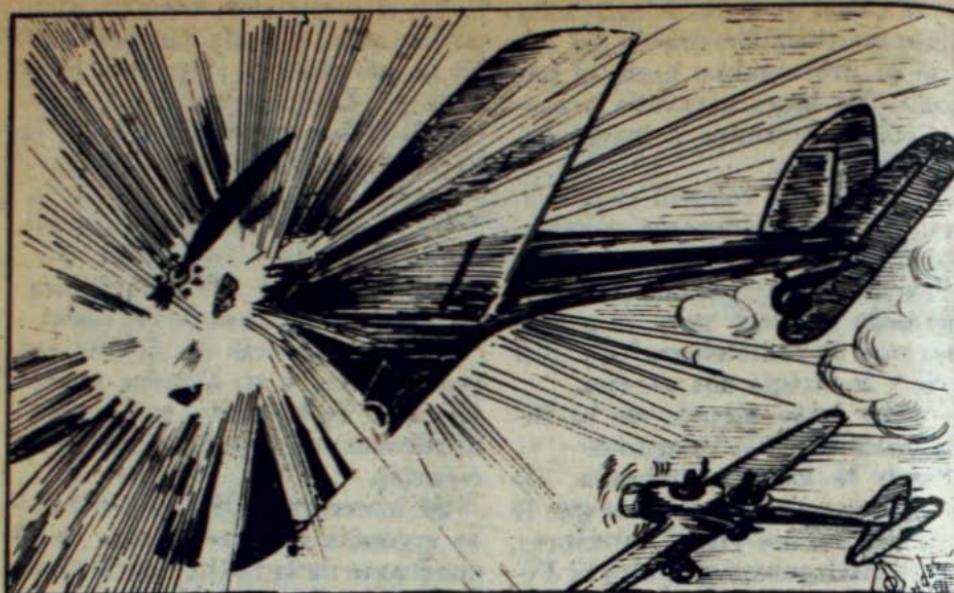
—Una escuadrilla de nueve aviones vuela a mayor altura y por detrás de nosotros a cosa de cinco mil metros de altura. Llevan un rumbo paralelo al nuestro y se ajustan a nuestra velocidad de vuelo. Hace diez minutos que los estoy observando. Son monoplanos de ala baja, con trenes de aterrizaje plegables. Parecen ser de dos plazas, dijo Cy.

—No los pierdas de vista, contestó Bill con seriedad.

Luego llamó a todos los otros aparatos y les dijo:

—Tened los ojos muy abiertos. Cy acaba de dar cuenta de una escuadrilla de nueve monoplanos por encima y detrás de nosotros.

—Shorty, añadió, sitúate detrás



Las alas y el fuselaje quedaron reducidos a fragmentos.

de nuestra escuadrilla y encima de mí. Los demás procurar no alejaros. Yo mantendré el curso del transporte si atacan. Dejadlos pasar después del primer contacto. Veremos lo que puede hacerse con el cañón de un libra. Tú, Cy, podrás subir un poco más.

La voz de este último interrumpió a Bill. Era entonces aguda y tensa.

—¡Pican, Bill! Y tratan de situarse a nuestras colas.

Bill cortó la comunicación radiofónica y conectó el teléfono interior.

—¡A las armas! gritó. Hay unos aviones que pican a nuestras colas. No tiréis demasiado pronto y procurad dar en los blancos. Dejó la comunicación establecida y gritó a Sandy:

—¡Encárgate del mando, muchacho! Yo cuidaré del cañón. Procura seguir el rumbo y conservar la ve-

locidad de doscientas millas por hora.

Subió Bill los escalones que conducían a la plataforma. De una mirada vió que Shorty retrocedía con el Tempestad a toda marcha. Las balas trasantes salían disparadas de sus potentes ametralladoras, cuando comprobaba su buen funcionamiento.

Cy, Beberly y Rey Gleason habían iniciado unos rizos y las proas de sus aparatos apuntaban al cielo en el momento en que los nueve rugidores monoplanos salían de su acentuado vuelo picado, pero de nuevo volvieron a descender pasando apenas a doscientos metros del transporte.

Bill pudo sentir el temblor de su aparato al recibir los balazos de sus enemigos. Los tendría a tiro en cuanto pasaran más allá.

(Continuará)

Vergel INFANTIL



Del bosque vengo, mamita,
con el alma acongojada...
Hallé esta pobre avecita,
con su patita quebrada.

Tú la vendarás, mamita,
que yo la quiero cuidar
hasta que la pobrecita
pueda a su nido volar.

No te quejes, pobrecita,
mamita es muy buen doctor.
Te vendará la patita;
y cesará tu clamor.

MALVALOCA

—oo—

A MI LICEO

Dedicado cariñosamente al "Liceo Santa Teresita", de Illapel.

Quisiera poseer la ciencia de los sabios,
la lira del poeta, el suave murmullo de las
aguas que bajan saltando las pendientes, pa-
ra poder honrar tu nombre, agradecerte las
horas felices en que escuché tus sabias en-
señanzas; cuando me diseñasabas la vida y sus
peligros, alumbrándome la ruta con la luz del
Evangelio; cuando corría alegr por tus pa-
tios jugando "nuestro juego favorito"; estas
horas, gratas evocaré cuando esté triste y
cuando tal vez el mundo me hiera y me des-
precie, entonces, ¡oh Liceo!, tu recuerdo se-
rá el bálsamo que atenuará mis penas, el
faró seguro hacia donde guiaré mi barquilla
cuando se tempestará la alegre.

Pronto abandonaré tus aulas para siem-
pre, pero tu recuerdo sagrado perdurará en
el santuario de mi alma, siempre... siem-
pre.

DESECONOCIDA

FLORES Y RECUERDOS

Sobre la pared que dormita su borrachera
de antigüedad, las aromosas madreselvas son
la oración de nácar que, sobre las almas
tristes, vierten el filtro clarificador de la
idealidad etérea, una siembra blanca de per-
fume que nos conduce al recuerdo de espe-
ranzas idas... Ilusiones como las madresel-
vas, flores adorables que vierten aromas aún
después de muertas...

Una noche estival, sagrario divino de es-
trellas, con un lirio por luna y un verso por
flor, al embrujo de la sombra cómplice de la
enredadera adorada, mi alma forjó el sueño
mejor de la existencia: gracia de trino, en la
voz; un vivo fragmento de mar en los ojos;
sumo de amapolas encarnadas en el colme-
nar de la boca... así era la visión impe-
cable, el ensueño humano que encantaba, de
pronto, mi vida entera, sujetá a la maravil-
losa red de una sonrisa, mitad espada y mitad
flor...

Sobre la pompa gloriosa de las madreselvas
slientes, mi corazón, a modo de un pájaro que
canta, sacudía sobre el otro corazón que ri-
maba con el mío la plegaria del ensolar que
no se dice, pero que se advina, toda esa can-
ción de luz, en cuyo corolario, Dios mismo
bendecía la inocencia del beso y del anhelo
que levanta a las almas...

Pero... todo fué un sueño... magnífico
sueño de estío, bajo la madreselva incompa-
rable... Mas, toda el alma mía, suspende
las tristezas, olvida sus desesperanzas, para
hundirse en el Recuerdo, bajo una lluvia
fragante de madreselvas en flor...

MALVA OVALLE DE LA CRUZ

EL PALADIN

RECUERDE: Francisco de Valleombroso y su mujer Alienor tratan de envenenar a la joven Rosmunda para heredar su enorme fortuna. Francisco sabe que ha llegado al país el Paladin Trovador en compañía de Giles de Crucis y de un escudero con el fin de salvar a Rosmunda. El conde Francisco envía a sus guardias para que descubran el refugio del Paladin y de sus compañeros para darles muerte. Un astrólogo anuncia a la condesa Alienor que ella morirá inmediatamente después que muera uno de aquellos tres hombres.

CAPITULO III



1. La condesa dió las últimas instrucciones a su servidor Orego, diciéndole:— En cuanto encuentres a Giles de Crucis lo convencerás de que debe acudir al llamado de Rosmunda.— Está bien, señora, respondió Orego y se marchó.— Con tal que estén libres! murmuró Alienor.

2. En efecto, Giles y sus compañeros estaban todavía en libertad. Los esbirros del conde no los habían encontrado. Giles y el Paladin Trovador, seguidos del fiel escudero Laquenar, se paseaban por las calles apartadas, evitando encontrarse con soldados armados...



3. Atravesaban una calle llena de comerciantes ambulantes. —Creo que si Malémor ha sido libertado por los suyos, nuestras vidas penden de un hilo, dijo Giles. Lo mejor que podíamos hacer sería encubrirnos bajo algún disfraz o, por lo menos, cambiar de traje.



4. La calle, que empezaba en medio de la multitud de mercaderes ambulantes y de tenderos, iba a terminar por fin en medio de un espacio donde reinaban la soledad y el silencio. De pronto el Paladin Trovador vió una puerta entreabierta cuyo interior parecía deshabitado.

TROVADOR



5. Veamos lo que hay ahí dentro, dijo Eudio. Después de vacilar un poco, los tres amigos entraron a la casita que parecía deshabitada. En el fondo había una escalera que conducía a un subterráneo. Bajaron y hallaron unos trajes viejos con los cuales se vistieron. —Debe ser la guarida de algunos pordioseros, dijo Giles de Crucis.

6. Los tres compañeros sentían el estómago agujoneado por el hambre. Entonces Eudio les dijo: Espérenme aquí, mientras yo saldré para ir a ver lo que puedo hallar como comestible. Y diciendo así, Eudio, el Paladín Trovador, vestido con el traje de hombre del pueblo salió de la guarida subterránea y se metió en una taberna.



7. Sobre una mesa se veía a un hombre que recitaba algunos versos, mientras los parroquianos lo escuchaban risueñamente. Pero el jefe de un grupo de guardias parecía mirarlo con ojos severos. El recitador de versos continuó: —Ahora escucharán ustedes algunas canciones, porque han de saber que yo soy un trovador, de voz admirable.

8. ¿Con que eres trovador? le dijo entonces el jefe de los guardias acercándose. —Sí, señor oficial; desde chiquito fui aficionado a cantar. —Pues, ahora vendrás a cantar conmigo, dijo el jefe que no era sino el enviado del conde Francisco y que había tomado al infeliz por el Trovador Paladín. Eudio escuchaba en un rincón.

(Continuará)



RECUERDE: El rey Claudio es visitado por tres reyes extranjeros, quienes traen presentes tan ricos y tan extraordinarios, que el monarca les dice que les concederá lo que pidan en recompensa. Indar muestra un caballo mecánico que puede remontarse por los aires.

CAPITULO II

— Es posible?, dijo Claudio.

— Ahora mismo os lo probaré, señor.

Y diciendo estas palabras, el rey Indar montó en el caballo de madera y haciendo funcionar un resorte que estaba disimulado en el pescuezo del caballo, éste se remontó por los aires como si hubiese tenido alas. Se perdió a lo lejos; pero, al cabo de unos minutos volvió y aterrizó en la terraza del palacio. Maravillado el rey Claudio, le dijo a Indar que pidiera algo y leería concedido y a los demás reyes también les dijo lo mismo. Entonces el primero pidió la mano de Heliodora, el segundo de Feniandisa y el rey Indar solicitó la mano de Marinela.

Marinela se echó al cuello de su

madre y se puso a llorar amargamente, porque Indar era un rey viejo y feo. Su padre le dijo que no podía rechazar la solicitud de Indar, puesto que había comprometido su palabra de rey. Entonces la pobre princesita se volvió hacia su hermano Cludio y le dijo:

— Hermano, recuerdo que cuando niños siempre tomabas mi defensa y una vez me juraste que siempre me protegerías.

— Sí, hermana, replicó Cludio. Nunca permitiré que te casen contra tu voluntad. Mi brazo te amparará.

El rey Claudio oyó las invectivas de su hijo Cludio; pero no se atrevió a protestar contra ese hijo a quien debía el apacible gozo de un trono. La propia reina Isabel, considerando la belleza y juventud de Marinela y la vejez y fealdad del rey Indar comprendía que su hija tenía razón al no querer aceptar como esposo a un monarca de físico tan desagradable; ella hubiese hecho lo mismo en semejante situación. Pero el rey Indar exclamó enojado:

— Cómo, el rey de Armenia y el rey de Berebería han obtenido, en cambio de sus respectivos presen-

tes, la mano de las princesas mayores, y yo que los dejé escoger, no obtendré la mano de la princesa menor, cuando mi caballo vale cien veces más que el trompetero de oro y la gallina que pone perlas.

—¡Calla! exclamó Clodio sin soltar la mano de su hermana. No eres tú el llamado a valorizar los presentes de tus compañeros. Cuanto al caballo de madera, ¡para qué puede servirnos!

Indar hizo una mueca que reflejaba todo el enojo de que estaba poseído. Pero haciendo un esfuerzo, logró sonreír y respondió:

—Tal vez pienses, príncipe Clodio, que este caballo sólo obedece al que lo fabricó. Te equivocas; cualquier persona puede manejarlo y cabalgar a través del libre espacio. Si quieras, puedes probar tú mismo la virtud de mi caballo. Si no logras hacerlo caminar por los aires, no tienes más que desmontar y arrojarme vergonzosamente fuera del reino de tu padre. Yo me iré y nunca volverán a saber de mí.

—¡Te cobro la palabra! se apresuró a decir el príncipe Clodio.

Montó en el caballo de madera y, en ese mismo instante, el trompetero de oro hizo oír el sonido de su trompeta que anunciaba algún peligro. Pero nadie le prestó atención porque todos estaban con los sentidos puestos en el extraño caballo de madera. Clodio permaneció un instante con los pies en los estribos, pero el caballo no se movía.

—¡Ya ves que no se mueve! dijo Clodio con ironía.

—Aguarda un momento, fogoso príncipe, dijo Indar. Ahora que estás montado sólidamente, mueve la clavija de acero que está en la fren-

te del caballo, haciéndola girar a la derecha.

Clodio alargó la mano para ejecutar la orden del rey Indar. La trompeta del hombre de oro volvió a resonar de nuevo. Entonces el rey Claudio recordó lo que significaba ese ruido de trompeta y dijo al príncipe:

—Baja, hijo mío, baja si no quieres que suceda alguna desgracia.

Pero era ya demasiado tarde. Clodio había hecho girar la clavija de acero y el caballo de madera se animó, sacudió el pescuez y se lanzó al espacio como un halcón. Su rapidez era tan vertiginosa que, al cabo de un breve instante desapareció a lo lejos dejando a todos los presentes tan inquietos como maravillado. Nadie, sin embargo, se atrevía a exponer en voz alta sus inquietudes, esperando ver aparecer dentro de poco el extraordinario caballo que surcaba el espacio como un gavilán. Pero el tiempo pasaba y el príncipe Clodio no volvía.

—¡Por qué no vuelve! preguntó Claudio al rey indio mirándolo con ojos torvos.

—El príncipe no me dejó que le explicara la manera de volver, se disculpó Indar.

—¡Mentira! exclamó Claudio enojado. Lo hiciste de propósito. El trompetero de oro avisó que había aquí un traidor. Si mi hijo no vuelve dentro de diez minutos, creeré que tú, rey Indar, eres ese traidor.

—Yo no puedo hacer nada para que vuelva tu hijo, rey Claudio, replicó Indar.

Al oír esto Claudio se llenó de ira y ordenó a sus guardias que



Clodio contempla al dormido gigantón.

se apoderaran del rey de la India y lo arrojaran en el más obscuro calabozo. La reina se desmayó y las princesas se echaron a llorar amargamente. Y en medio de la consternación general se acordó suspender las bodas de las dos princesas hasta que el príncipe Clodio estuviese de vuelta por uno u otro medio.

El rey de Berbería y el de Armenia hicieron fervientes votos por la pronta vuelta del príncipe Clodio. La princesa Marinela era la más desconsolada y se acusaba de ser ella la causa de la desgracia ocurrida a su querido hermano.

Pasado el primer momento de estupor, el príncipe Clodio no pensó sino en sostenerse del mejor modo posible sobre la montura de su aéreo corcel; apretando con fuerzas

las piernas contra los flancos del caballo maravilloso. Cada vez se elevaba más y más y pronto el reino de España desapareció bajo una cortina de nubes.

Poco después Clodio divisó grandes manchas verdes y azules, que eran mares y océanos, manchas amarillas que eran desiertos de arena, masas sombrías que eran montañas. El joven se preguntaba hacia qué países remotos lo conducía su caballo aéreo.

Luego se puso a reflexionar que el caballo debía tener algún otro resorte para hacerlo bajar. Para subir, Clodio había hecho girar la clavija de acero hacia la derecha, ¿no era lógico que haciéndola girar ahora hacia la izquierda, el caballo debía descender?

(Continuará)

LAS ROSAS

1. Con suavea - bien - ta 2. Hay ro-sas - blan - cas Dos blan-cas La-shay mas be - sas Tre-mu-las Pe-ra co-

i-ano

vien - to Me ciendo va' moe - llas & Don de hay me - jar? Yambasher - ma - sas Frescas ga - la - nás & ual de las flo - res Pe - dra iqua - lar - las?

Am. basher - ma - nas Rei. nan. dores. tan Quien cansem - pliar. las Sintier. noa. mor Yen las jar - di - nes La fres. cau - ro - ra En va - no Pa - rae - llas

quie - ren Al - bus jaz - mi - nes Mas que - llas ser: El au - ra pu - ra gra - ta Siem - pre te - so - ra Per las sin fin Yel mansos - rro - go

Las ma - ri - po - sas Las lla - man rei - nas de su ver - gel. Que va pa - san - do Va ce - le - bran - da susgra - cias mil.

Fine.

HISTORIA GRAFICA



201. Don Diego González Montero gobernó por muy corto tiempo, de modo que no tuvo tiempo de ejecutar alguna obra de importancia. Pero su gobierno demostró la antipatía con que los españoles de la península veían a sus descendientes criollos en los puestos públicos.



202. Su sucesor, don Angel de Pereda, reconquistó gran parte del territorio perdido y prestó especial atención a la agricultura. Los jesuitas le ayudaron en esa tarea enseñando mejor el cultivo de los campos que hasta entonces se hacía de modo muy imperfecto.



203. Por esa época se empezó a usar nuevas herramientas de labranza, se construyeron canales para sacar agua de los ríos y regar los campos en la primavera y en verano. Así se logró aumentar la producción de trigo, vinos, aguardiente, frutas secas y de charqui.



204. Este excelente gobernador cumplió también una gran obra de humanidad y de honradez al prohibir la venta de los indios prisioneros, renunciando así a las ganancias que este negocio bien poco cristiano había proporcionado a algunos gobernadores anteriores.

DE CHILE



205. Ignorando el Rey de España el buen gobierno que llevaba a cabo don Angel de Pereda en el lejano reino de Chile, y buscando un gobernador que pusiera término a la guerra de Arauco, nombró para ese cargo a don Francisco de Meneses, hombre duro y audaz.



206. Desde el primer momento, Meneses reveló su carácter duro, persiguiendo al ex gobernador Pereda que era muy querido por el pueblo, pues conservaba fresco en la memoria el recuerdo de su buen gobierno. No contento con esto, Meneses se entregó a una vida disipada.



207. Era buen militar e inspiró temor a los indios, quienes no se atrevieron a atacarlo; pero, los escándalos de toda especie que cometió, hicieron que los Padres de San Francisco informaran al Rey de lo que ocurría en Chile. Acusado de varias culpas, fué destituido.



208. Meneses intentó escapar a la frontera; pero detenido en el camino por su sucesor, don Diego Dávila, fué conducido a la cárcel donde el alcaide, que había sido víctima suya, le remachó una barra de grillos por su propia mano. Más tarde fué enviado a Tucumán en calidad de reo.



Viajes de Juan Sebastián de Elcano

CAPITULO XIII

Loaisa mandó a la playa un bote para que se enterase de cerca de lo que allí había sucedido, y una vez que supo el desastre de la Sancti Spiritus, no quiso detenerse, sino que fué en busca de El Cano. Apenas se unió con él le mandó que saliese a recoger la gente. Fué El Cano con tres bajeles a cumplir su misión y llegado que hubo, embarcó la gente y los pertrechos. Tan pronto como trataron de emprender la vuelta, se desencadenó una gran tempestad que disolvió la flotilla y alcanzó hasta el paraje donde se refugiaba la capitana a la que golpeó con tal fuerza que casi la anegó toda; y la azotó contra los peñascos. Creyéndola destrozada y perdida, saltaron todos a tierra, menos el maestre y los marineros, que seguían luchando por salvarla.

Así que calmó un poco la tormenta, ordenó Loaisa que todos los bajeles pasasen a unirse en el Río de Santa Cruz, donde había una ensenada que los podía abrigar, ya que la boca del Estrecho ofrecía tanto peligro, y era necesario reparar la capitana.

La Anunciada no pudo entrar en

el puerto, y, después de bordear varios días, encalló a la entrada del río. Tan pronto como se puso a flote volvió a ser juguete de las olas. Por fin, se encontró con la San Gabriel, que iba en busca del río. Las dos navegaron juntas algunos días hasta que, desesperados sus capitaines, terminaron por separarse. El de la Anunciada decidió ir a las Molucas por el Cabo de Buena Esperanza; y hacia ellas emprendió la derrota sin piloto, sin bateles y sin anclas: no se supo más de él. La San Gabriel fué a parar a Pernambuco, cayendo en manos de los portugueses, que trataron muy mal a la poca tripulación que allí llegó.

La San Lesmes, empujada por el fuerte vendaval, corrió hacia el Sur sin poderse detener, y llegó hasta donde les pareció a los marineros que era el "acabamiento de la tierra"; es decir, que llegaron, según se pudo comprobar más tarde, hasta el Cabo de Hornos.

Después de algunos días y muchos contratiempos, terminaron por reunirse los bajeles en el Río de Santa Cruz.

Loaisa y El Cano, pesarosos, meditaban sin despegar los labios sobre tantas y tan seguidas contrariedades.

Sentados una tarde sobre las rocas, los dos miraban la capitana

que con la quilla al pálido sol de aquellas latitudes, esperaba las manos amigas de los obreros que la habían de reparar.

—Parece, dijo Loaisa, apuntando hacia la nave, que está implorando la misericordia del cielo.

—Así es, añadió El Cano; cualquiera se creería que el cuchillo de un gigante la abrió de proa a popa.

—Tienen mala suerte nuestras naves, prosiguió el general. La vuestra se convirtió en astillas, y la mía ya vemos cómo está.

—Peor suerte ha cabido, sin duda, a la Anunciada y a la San Gabriel. ¿Dónde estarán?

—Si no sobreviene algún contratiempo y si la gente sigue trabajando con bríos, dentro de un mes volverá a estar la capitana como nueva, terminó diciendo El Cano.

La reparación de la capitana era penosa y exigía mucho tiempo y trabajo. Se dieron inmediatamente las órdenes oportunas para poner manos a la obra, se improvisaron fraguas, sierras y carpinterías, y se acudió a los montes próximos en busca de madera.

A este trabajo, ya de suyo penoso, se añadía el que gran parte de la gente se veía precisada a trabajar con el agua hasta la cintura. Pero no escaseaban los víveres, especialmente el pescado que diariamente se cogía en abundancia y con facilidad; y no faltaba alguna que otra vez carne fresca que solían traer los cazadores, ya que para evitar el ocio y para que todos aprovechasen bien el tiempo, los que no estaban trabajando salían en grupos a dar batidas por los bosques y solían volver bastante bien pertrechados de caza.

Los patagones se habían alejado

de aquellos contornos al ver aquella gente y aquellas naves, y al oír el estampido de la pólvora: todo era para ellos sorprendente. Sólo alguna que otra vez se divisaba la figura de los indígenas en las cimas lejanas.

—Sí tuviésemos aquí, decía Roldán una docena de esos descomunales patagones nos harían el gran servicio de transportar árboles y para meterse en el agua y adobar la nave.

—Yo creo que uno de esos grandes troncos, añadía Juanillo, lo traerían ellos como un palo de escoba; y que el agua que nos llega a nosotros al cuello, apenas les llegaría a ellos a las rodillas.

—Pero tan grandes son esos hombres? decía el maestre de la capitana.

—Hágase cuenta que son tan altos como el palo mayor de su nave, respondió Juanillo.

—Un poquito menos, interrumpió el señor Areizaga, que tampoco había visto de cerca a ningún patagón.

—Lo que les aseguro a ustedes, decía Juanillo, es que son descomunales. Yo ya me las hube con algunos de ellos, cuando pasamos por aquí la otra vez.

—Y son muy terribles? preguntó el maestre.

—Son almas de chiquillos en cuerpos de gigantes.

En este punto de la conversación se hallaban, cuando llegó Domínguez, el que después de saludarlos cortesmente, les dijo:

—Vengo a proponerles una cacería, que va a ser interesante y de mucho provecho.

Por mí, acepto la invitación, se



Se acercaron sigilosamente, aprestaron sus armas y cuando les pareció buena ocasión, se lanzaron todos a una, sobre la presa.

apresuró a decir Roldán.

—¿Qué clase de cacería es esa? preguntó Areizaga.

—Una cacería de focas y lobos marinos, respondió Domínguez. Venimos observando hace días que salen a tomar el sol y a dormir muchos lobos marinos, al islote aquel que se levanta hacia Sur entre las olas. El caso es ir allá con mucho sigilo, saltar de repente al islote, cortarles la retirada y matar una docena en un momento. Son como terneros, y deben tener mucha y buena carne...

—Convenido, dijo Areizaga.

—¿Y no acometerán? preguntó Juanillo.

—¿Qué miedo se les va a tener, si apenas se pueden arrastrar sobre la arena! exclamó Domínguez.

—Y cuándo va a ser la cacería? añadió Roldán.

Aquella noche no se hablaba de otra cosa más que de la cacería de

lobos marinos; y al día siguiente, a la hora propicia, los cazadores, divididos en grupos de seis, se dirigieron al islote dispuesto a traerse, por lo menos, una docena de focas.

Se acercaron sigilosamente, aprestaron sus armas, y cuando les pareció buena ocasión, se lanzaron todos a una, sobre la presa. Las focas asustadas, unas se tiraron al agua y otras se deslizaron penosamente sobre la arena, no sin llevar su buen número de golpes. Sólo una foca, que sin duda se hallaba dormida, cayó en manos de los cazadores. Con tan mezquina presa se volvieron algo mustios, hacia el campamento.

—¿Qué piel más dura tienen! exclamaba Roldán. Yo di a uno de esos lobos varios hachazos y apenas le hice un rasguño.

(Continuará)

PAGINA FEMENINA

Damos algunos trajecitos de fantasía con motivo de las próximas fiestas de los Estudiantes.



1.—Aldeana Rusa.

2.—Pájaro.

3.—Holandesa.

4.—Diana Bilarina.

5.—Serenata.

RECETAS

Crema para vasitos de masa

Por una taza de leche, una cucharada bien llena de mantequilla, cuando esté bien caliente, se le agregan dos yemas batidas, para espesar a esta crema se deshace una cucharadita de pasta de ají Mirasol, y una cucharada de queso parmesano rayado o más si agrada. Se sazona con sal fina y se rellenan los vasitos poniéndolos al horno para que se enfríen. También sirve esta crema para rellenar alcachofas cocidas.

Sopa de cebollas

Se pica una cabeza de cebolla, se fríe en mantequilla o grasa buena, cuando esté media dorada se le pone un poco de harina, se deja que se tueste bien, se saca del fuego y se le pone caldo necesario para las sopas; se hierven cinco minutos y se vacian sobre tostadas de pan y se sirven.



Los Dos Huérfanitos

RECUERDE: Bernardo Donoso, un hombre de mala vida, trata de casarse con Inés Baltra cuya cuantiosa dote lo salvará de la ruina. Pero Inés comprende que Donoso es un hombre malo y no se casa con él. Al cabo de algún tiempo se casa con Alberto Cruz Claro, un hombre bueno y caballero a carta cabal. Donoso se venga raptando a los hijitos del matrimonio Cruz-Baltra y dejan a las criaturas abandonadas en el mar sobre una cuna flotante. Los niños son recogidos por un pescador que los cría como a hijos suyos. Al cabo de diez años, los niños, Damián y Paulina, descubren que no son hijos de los pobres pescadores y se marchan de la cabaña para no ser una carga. Martín, el cómplice de Donoso, sale de la cárcel al cabo de diez años y descubre el paradero de los niños. Entonces se ofrece para devolverlos a sus verdaderos padres, mediante la suma de cincuenta mil pesos. Martín va en busca de los niños, acompañado del honrado pescador.

CAPITULO XXVIII

Vida nueva

Después de haber abrazado a Paulina y a Damián, Francisco Galleguillo exclamó:

—¡Pero, qué elegantes están ustedes! ¡De dónde sacaron esos trajes tan bonitos?

—¡Oh, es muy largo de contar papá Francisco! dijo Paulina. Venga usted a vernos más tarde y le contaremos nuestras aventuras.

—Me las contarán durante el viaje... Porque he venido a llevarlos a casa de sus padres...

Paulina y Damián se miraron sorprendidos. Comprendiendo aquella extrañeza, el buen pescador prosiguió:

—Sí, hijitos; es necesario que sepan ustedes una cosa maravillosa. Ustedes no son huérfanos. Un caballero los espera en San Fernando y ese caballero es el papá de ustedes.

—¡Nuestro papá! exclamaron ambos niños temblando de emoción. Y también allá los espera una señora rica y bella: esa señora es la mamá de ustedes.

—¡Nuestra mamá...! ¡Pero... no nos engaña usted, papá Francisco?

—¡No, no; es la verdad! Ella los espera en su gran casa de San Fernando...

—¡Oh, pero...! ¡Y mamá Catalina. Nosotros la queremos mucho...

Francisco Galleguillo volvió la cara para ocultar dos lágrimas de emoción.

—¡Qué buenos son ustedes, queridos niños! dijo.

Galleguillo fué en busca de Martín y le entregó el dinero, diciéndole:

—Tome usted y ojalá que este dinero le sirva para llevar otra vida más honrada.

En silencio Martín recibió el dinero y se marchó. Poco después llegó el joven minero Gastón y, naturalmente, para explicar cómo había llegado a conocer a los dos niños, tuvo que contar la historia de Damián y de Paulina que ya conocía en todos sus detalles por boca de los propios niños.

Los Dos Huérfanitos

Paulina y Damián corroboraron el relato y no se olvidaron de enaltecer los méritos del valiente y fiel Betún. El perro al escuchar su nombre, empezó a mover la cola, como si comprendiese que se hablaba de él. Galleguillo lo acarició con viva simpatía lo que pareció causar mucho placer al noble animalito.

El tiempo transcurrió volando y la hora de tomar el tren se acercaba. Gastón acompañó al pescador y a los niños hasta la estación e hizo prometer a los hermanitos que le escribirían una larga carta.

—No sólo le escribiremos, Gastón, sino también vendremos a verlos pronto, dijo Paulina.

El tren partió. El viaje era muy largo, pero los niños esta vez no sintieron aburrimiento con la incesante conversación del pescador, quien no se cansaba de preguntarles mil y una cosa relativas a las grandes aventuras que habían corrido los dos hermanos.

Por fin el tren se detuvo en la estación de San Fernando. Alberto Cruz Claro, avisado por teléfono, estaba esperando en el andén con la ansiedad que es de imaginar. Se paseaba de un lado a otro y a veces murmuraba:

—Con tal que ese canalla no me haya engañado...

La campana de la estación anunció que el tren se acercaba. Y pronto una masa negra apareció a lo lejos. Minutos después el tren entraba resoplando en el galpón de la estación y se detuvo con gran estruendo de hierros golpeados. En la plataforma de un carro de tercera clase divisó Alberto Cruz al pescador y a los dos niños.

—Ahí están! exclamó el pobre

padre con el corazón palpitante de emoción.

El pescador bajó con los niños y les mostró el caballero que aguardaba.

—Ahí está el papá de ustedes! les dijo al oído.

Paulina y Damián se adelantaron tímidamente. Alberto Cruz había creído encontrarse delante de dos niños mal vestidos, con miserable aspecto; pero en vez de eso veía a una linda jovencita cuya cara se parecía extraordinariamente a Inés Baltra, su querida y desdichada esposa, y veía también a un muchachito robusto, elegante lleno de vida.

El padre se precipitó al encuentro del grupo que avanzaba y, sin poderse reprimir, abrazó a un tiempo a los dos niños exclamando con ojos llenos de lágrimas:

—Hijos míos! ¡Qué feliz soy de volverlos a encontrar!

Paulina y Damián, un poco desconcertados, no se atrevían a llamar "papá" a ese caballero tan elegante y tan buen mozo.

Galleguillo dijo entonces sonriendo.

—Señor, no podrá usted renegar de su hijo porque se le parece en todo. Sólo le faltan los bigotes...

Alberto le tendió la mano y sólo pudo decirle:

—Gracias, amigo mío! Venga usted a mi casa y mañana iremos en mi auto a Navidad para que la señora Catalina sea también testigo de nuestra dicha.

Mientras hablaban, habían salido del andén y llegado junto al auto. El chofer, al ver a su patrón, puso en marcha el motor. Alberto invitó a subir al pescador y él mismo ayudó a subir a sus dos hijos.



El joven Gastón explica cómo conoció a los dos niños.

El automóvil partió velozmente hacia la villa donde Inés Baltra aguardaba ansiosamente la llegada de su marido. No se había atrevido ir a la estación, temerosa de sufrir una última y más terrible desilusión.

Ya había anochecido cuando los viajeros llegaron a la villa Las Lillas. El auto cruzó la amplia verja de hierro y fué a detenerse junto a la escalinata. Inés había salido al umbral y allí estaba jadeante, sin saber si debía alegrarse o estallar en llanto. Alberto abrió la portezuela y antes de saltar a tierra le gritó a su esposa:

—¡Te los traigo, Inés, te los traigo!

Y bajaron todos, mientras Inés, sobre la escalinata de mármol, se apoyaba en el brazo de una de las sirvientas para no caer desfallecida de emoción. Alberto tomó de la mano a los dos niños y les dijo conmovido:

—Hijitos míos, abracen a su madre que hace tanto tiempo os llora por perdidos.

Damián y Paulina se arrojaron en brazos de Inés y la pobre madre, estrechándolos contra su pecho, de cía dulcemente:

—¡Hijitos míos, hijitos míos!

Y tiernas lágrimas resbalaban por sus pálidas mejillas, brotadas de aquellos hermosos ojos fatigados por tantos insomnios y por tantas angustias.

—¡Mamacita, no lloré! ¡Por qué llorar ahora que estamos a su lado?

—Lloro de gozo, hijitos míos, replicó Inés tratando de retener sus lágrimas. Despues tendré tiempo de reír como una loca.

—Entremos, entremos para que los veas bien a la luz, Inés, dijo Alberto. Y entonces me dirás a quiénes se parecen.

Entraron al vestíbulo iluminado por una gran lámpara eléctrica.

—¡Qué hermosos y sanos son

Los Dos Huerfanitos

nuestros hijos! exclamó Inés contemplando a los niños con tierna mirada.

Y como su marido, se quedó sorprendida al constatar la gran semejanza que ambos niños tenían con ellos mismos.

—¡Cómo se parece a ti nuestro hijo! exclamó arrobada la dichosa madre.

—¡Y cómo se parece a ti nuestra hija! replicó Alberto.

—Pero cómo pudiste arrancarlos de manos de ese miserable?

—Ya te contaré; pero ante todo, permite que te presente a nuestro amigo Galleguillo. El y su esposa fueron los que salvaron a nuestros hijos, los recogieron de las olas y los educaron en su humilde cabaña. Todo se lo debemos a ellos, Inés.

La hermosa dama tendió su fina mano al pescador y le dijo con voz llena de reconocimiento:

—¡Cómo podrá pagar una madre al hombre bueno y honrado que le devolvió sus hijos perdidos? Permítame estrechar su mano y por el temblor de ella conocerá usted toda la gratitud que le guardo.

Todo confundido con aquellas muestras de cordialidad ofrecidas por una dama tan principal, Galleguillo estrechó la fina mano que se le tendía y eso fué para la bondadosa alma del pescador la mejor de las recompensas.

En seguida Alberto contó a su esposa parte de las aventuras y desventuras de los dos hermanos.

—Nuestros buenos amigos pusieron a nuestros hijos los nombres de Paulina y de Damián. Si túquieres, les conservaremos esos nombres a los cuales ya están acostumbrados.

—Sí, sí, esos nombres fueron

afortunados, mientras que los que nosotros le pusimos...

La pobre madre no pudo terminar. Los sollozos ahogaron su voz ante el recuerdo de sus terribles padecimientos morales.

—¡No pienses más en esas cosas! suplicó Alberto.

Aquella noche todo fué fiesta en la villa Las Lilas. Música, baile, iluminación, risas; todo lo que causa gozo y alegría se encerraba en la rica mansión donde por tanto tiempo había reinado el silencio y la amargura.

Poco después de las doce de la noche, Damián y Paulina abrazaron a sus padres, dieron también otro abrazo a Galleguillo y se fueron a dormir. Y se durmieron felices, pensando en que al día siguiente verían de nuevo a la buena mamá Catalina y los demás niños a quienes habían considerado sus hermanos y a quienes querían siempre como a hermanos de verdad.

(Continuará)





QUIEN RAPTO

CAPITULO XXVIII



1. Los tres hombres llegaron a la puerta de la cabaña que servía de prisión y se detuvieron muy sorprendidos al no ver al hombre que había quedado al cuidado de los prisioneros.



2. ¿Dónde habrá ido Foxy? dijo Soames. Sin duda habrá ido a echar un vistazo al borde del barranco. De todos modos abriremos para hacer algunas preguntas al viejo Henson.



3. La puerta se abrió y los recién llegados pudieron ver asombrados que Heuson y su hija se habían quitado las ligaduras. Pero Soames sacó su revólver y apuntó al pecho de Carol.



4. El miserable dijo: —Necesitamos que firme usted un documento de cesión del rancho Doble V. Si usted se niega mataré a su hija. —¡No firmes nada, papá! exclamó la valerosa joven.



5. En ese mismo instante apareció Warren que se había ocultado dando la vuelta a la cabaña. —¡Deje caer ese revólver, Soames! ordenó el joven cowboy. Soames obedeció con rabia.



6. Mientras tanto, el hombre que Jeff Warren había dejado amarrado al pie de la escala de cuerdas que servía para subir a la cima de la roca, consiguió quitarse las amarras.

A HENSON?



7. En el acto empezó a subir por la escala de cuerdas, presuroso de llegar a tiempo para evitar una posible sorpresa del hombre que lo había golpeado y amarrado al pie de la roca.

8. Cuando Yuan llegó al borde de la cima, junto al tronco del árbol donde estaba atado el extremo de la escala, vió a Jeff Warren en la puerta de la prisión con un revólver en mano.



9. Al momento comprendió Yuan que sus compañeros estaban en mala posición. Warren presentaba un magnífico blanco para ser asesinado por la espalda. Pero Carol divisó a Yuan...

10. ¡Cuidado afuera, Jeff! exclamó la joven. Jeff dió un salto al costado al mismo tiempo que sonaba un disparo. La bala de Yuan fué a herir a Soames que se desplomó lanzando un grito.



11. Aprovechando la confusión, Carol huyó fuera de la cabaña y se metió en otra donde no había nadie. Allí pudo escapar a los ojos de los que la buscaban, saliendo por otra puerta.



12. Los hombres entraron en la cabaña; pero al poco tiempo se sintieron pasos. Era Warren que buscaba a Carol. La joven comprendió el peligro y resolvió dar la vuelta para avisar a Jeff.

(Continuará)



CAPITULO II

La esperanza de salir de la pobreza decidió al fin al pescador a complacer al Genio, que al verse libre dió un puntapié a la copa haciéndola rodar hasta el mar. Asustado el pescador creyó que el Genio quería jugarle de nuevo alguna mala pasada, pero éste último le tranquilizó con una sonrisa indicándole que tomase las redes y le siguiera, a lo que obedeció el pescador, no sin cierta desconfianza. Atravesaron la ciudad llegando luego a lo alto de una gran montaña, y en seguida a una llanura que los condujo a un estanque situado entre cuatro colinas.

Ya en la orilla, dijo el Genio al pescador:

—Echa las redes y coje pescado.

No era difícil por cierto, toda vez que se veía una gran cantidad de peces en el estanque, pero lo que sorprendió mucho al pescador fué que los cuatro que había sacado eran de cuatro colores diferentes: blanco, encarnado, azul y amarillo.

—Llévate esos peces, dijo el Genio; preséntalos al Sultán y éste te dará en cambio más dinero que el que puedes imaginarte. Ven dia-

mente a pescar a este estanque, pero no eches las redes más que una sola vez cada día, pues de lo contrario te puede suceder alguna desgracia. Sigue con exactitud el consejo que te doy y serás feliz.

Al concluir, el Genio dió un golpe en el pie en el sitio donde estaba, abrióse la tierra y desapareció.

Al día siguiente, el pescador muy gozoso fué al palacio del Sultán para presentarle los pescados, y el Príncipe, lleno de admiración y no dudando que serían tan gratos al paladar como hermosos a la vista, los mandó entregar a una cocinera muy hábil que le había enviado el Emperador de los griegos. Luego dispuso que se le diesen cuatrocientas monedas de oro al pescador, quien al verse tan rico se entregó a los mayores transportes de alegría, creyendo al principio, que la realidad no era más que un sueño de ambición y de ventura.

Apenas la cocinera limpió los pescados comenzó a freírlos, y al volverlos de un lado a otro, se abrió una pared de la cocina, presentándose una joven de gran belleza, alta y elegante, la que acercándose a la sartén, tocó a uno de los peces.

—Pescadito, dijo, ¿cumples con tu obligación?

Nada respondió el pescado, y la dama repitió las mismas palabras. Entonces los cuatro peces levantaron juntos la cabeza y dijeron:

—Sí, sí, si cantáis, cantamos; si pagáis vuestras deudas, pagamos las nuestras; si huís, vencemos y quedamos contentos.

La dama derramó el contenido de la sartén cuando los peces concluyeron de hablar, y desapareció por la abertura de la pared que volvió a tomar su primitivo estado.

Asustada la cocinera con tales prodigios, fué a recoger los peces que habían caído sobre las aseutas y los encontró ya carbonizados. Al considerar que le era imposible servirlos al Sultán, rompió a llorar, temerosa del castigo del Príncipe, que sin duda no creería lo que acababa de suceder.

Entró el Gran Visir a preguntar si estaban fritos los peces, y la pobre cocinera le refirió entre sollozos la aventura, y el Visir le prometió inventar una excusa cualquiera a fin de que no estallase en ella la cólera del Sultán, y sin pérdida de tiempo mandó al pescador que llevase a palacio cuatro peces semejantes a los primeros. El pescador se guardó bien de confiar al Gran Visir el consejo que le había dado el Genio, y protestando lo largo del camino ofreció llevar los peces al día siguiente.

En efecto, fué al estanque, echó al agua sus redes y sacó cuatro pescados, cada uno de diferente color que entregó al Visir a la hora que le había prometido. El Visir los llevó por sí mismo a la cocina, y allí en-

cerrado con la cocinera que repitió la operación de freír los pescados, presenció la maravillosa escena que se le había referido.

—Esto, dijo el Visir, es demasiado sorprendente y extraordinario para que se le oculte al Sultán, y ahora mismo voy a informarle del prodigo.

Así lo hizo y el Sultán lleno de curiosidad por ver también el milagro, llamó al pescador con objeto de que le llevase a palacio otros cuatro peces. Tres días de plazo pidió el pescador, y no menos dieciocho que la primera y la segunda vez, presentó al Sultán los cuatro peces por los cuales recibió cuatrocientas monedas de oro.

El Sultán hizo llevar a su gabinete todo lo necesario para freírlos, y el Gran Visir, que desempeñaba las funciones de la cocinera, puso los peces listos en la sartén, y al volverlos de un lado a otro, se abrieron de repente las paredes del gabinete y apareció, no una dama, sino un negro con traje de esclavo. Era de gigantesca estatura y llevaba un gran bastón verde en la mano. Adelantóse hacia la sartén, y tocando con el palo a uno de los peces, exclamó con terrible acento:

—Pescadito, ¿cumples con tu deber?

Los pescados respondieron alzando la cabeza:

—Sí, sí, cumplimos; si cantáis cantamos, si pagáis vuestras deudas pagamos las nuestras si huís, vencemos y quedamos contentos.

El negro colosal derramó el contenido de la sartén y redujo a carbón los cuatro pescaditos, verifica-



Al concluir el Genio dió un golpe con el pie.

do lo cual desapareció de la misma manera que había venido.

—Esos pescados, dijo el Sultán, significan algún misterio y quiero aclararlo a toda costa.

Envió a buscar al pescador a quien dirigió, apenas entró, las siguientes palabras:

—En qué sitio has cogido los peces que trajiste a palacio?

—Señor, respondió el pescador, en un estanque rodeado de cuatro colinas cerca de la montaña que se ve desde aquí.

—Conocéis ese estanque? preguntó el Sultán al Visir.

—No, señor, no lo conozco ni he oído jamás hablar de él a pesar de que hace sesenta años que voy de caza por esos parajes.

Luego dijo el pescador que desde el palacio al estanque no había más que tres horas de camino, y como estaba aun muy distante la noche,

mandó el Sultán que toda la corte montase a caballo y le siguiera al estanque, sirviéndole de guía el pescador.

Al bajar la montaña, vieron con asombro los cortesanos una gran llanura, de la que hasta entonces no habían tenido noticia, y poco después, el estanque tal como lo había descrito el pescador. Sus aguas eran de tal limpidez y transparencia que parecían hermosos cristales bajo los que corrían peces semejantes a los que había visto el Sultán. Admirado éste de que ninguno de sus cortesanos supiese nada de la existencia del famoso estanque, determinó averiguar la razón del extraño color de los peces y así es que ordenó acampar y levantar tiendas a orillas del estanque.

(Continuará)

PASATIEMPOS

Popeye, por Arpe



- 1.— Ave
- 2.— Acto de parar.
- 3.— Buque pequeño.

El mexicano, por Adria.



Formar con las letras sueltas, el nombre del Presidente mexicano.

La Gitana, por Perry.



- 1.— Nombre masculino.
- 2.— Nombre femenino.
- 3.— Pueblo de Chile.
- 4.— Mes del año.
- 5.— Pascua.
- 6.— Arbol.

La Reina, por Nino



- 1.— Pelo claro.
- 2.— Nombre masculino.
- 3.— Templo sagrado.
- 4.— Fruta.
- 5.— Flor.

Van a las playas del Norte,



1. Como aprieta el calor han decidido, trasladarse a la playa que ha elegido, Pepito; y ya, con todo preparado, Don Coches les despidió algo angustiado.



2. Ya en la playa, Pepito va enseñando, las casetas de baño, que admirando, quedan los niños; los veraneantes, miran los avestruces arrogantes.



3. Por la mañana, al terminar el baño, todos los niños forman grupo extraño, en un sitio sombrío y muy fresquito, oyendo a los amigos de Pepito.



4. Y por la tarde la chiquillería, arma a diario gran algarabía, porque los avestruces de Pepito, al que es bueno le dan un paseito.

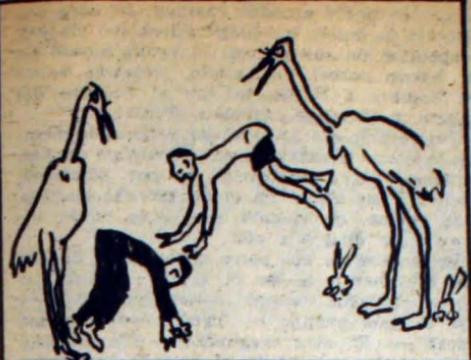


5. Una tarde ocurrió que unos chicuelos, (en todas partes suele haber pilluelos), cogen a los dos niños por las plumas, y luchan por sustraerlos.



6. Pero los avestruces, advertidos, al oír de los niños los chillidos, dan a los agresores empujones y los cogen al fin por los

Don Coces queda en la Corte



7. Pero los ofendidos, que comprenden, la virtud del perdón y así lo entienden, dan a los aves tristes instrucciones, y éstos suspenden sus operaciones.



8. Pepito, que ha llegado en el momento, de aquellas muestras de arrepentimiento, rífe mucho a los chicos revoltosos, que se muestran del hecho pesaroso.



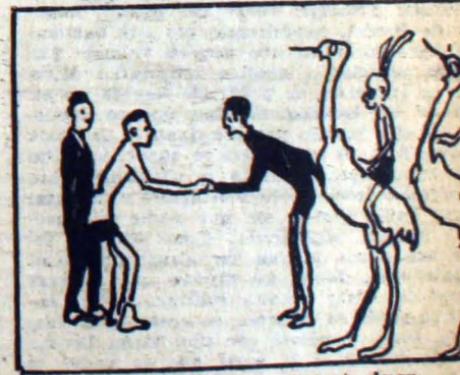
9. Hacen las paces todos, y contentos, los enemigos de hace unos momentos, se abrazan y tras las presentaciones, vienen los juegos y las diversiones.



10. Los padres de Pepito al enterarse, le felicitan por saber portarse, con tanta diplomacia; y en seguida, dan una gran merienda bien servida.



11. Y una sesión de cine en los jardines, Aventuras de Juan con sus patines, en que ven realizados sus ensueños, los grandes contemplando a los pequeños.



12. Pepito, muy contento de su hazaña, los despiide diciendo: hasta mañana, y no olvidéis ninguno que el perdón, es muestra de tener buen corazón.



EL PESCE DE LA EMPERATRIZ

El rey Eduardo de Borel, daba en su palacio una de las fiestas más grandes de su época, con motivo de celebrar el nacimiento de un hijo barón.

Los astrólogos, predijeron que el príncipe sería Emperador de un gran país, gracias a una gran hazaña que llevaría a efecto lo que tuviese 18 años.

El príncipe creció rápidamente y su desarrollo físico, era muy superior al de los demás de su edad. Bajo la dirección de los más hábiles guerreros del reino, el joven se ejercitaba en el manejo de las armas más peligrosas de esos tiempos.

El joven Fazo, que era el nombre del príncipe, se paseaba por su habitación, cuando un pájaro de hermoso plumaje se paró en su ventana, al verlo Fazo se quedó maravillado y más aún cuando empezó a hablar diciéndole: Príncipe, vengo del lejano Imperio de Perdol, comisionado por sus habitantes, para encontrar una persona valiente que pueda rescatar a nuestra Emperatriz Miria que se encuentra en poder del Rey de los peces de las escamas doradas, que se apoderó de ella cuando paseaba junto a la costa acompañada de sus damas de honor. Saliendo del agua repentinamente se abalanzó sobre ella tragándose la y luego se arrojó al mar tal como había venido, sin que nadie de nosotros pudiera impedirselo. Como era mi deber buscar esa persona me dirigi inmediatamente aquí, donde me dijeron que tú eras capaz de salvar nuestra soberana. Fazo repuesto ya de su sorpresa, se acercó a la ventana, tomó el pájaro con una mano llevándolo consigo a la mesa que su padre le había hecho preparar con motivo de su décimoctavo cumpleaños. El rey se extrañó mucho al ver a su hijo en compañía de un pájaro tan raro, pero el príncipe lo tranquilizó diciéndole lo que había acontecido cuando

estaba en su alcoba. Después de la comida, Fazo, pidió a su padre permiso para ir a Perdol a rescatar a la Emperatriz Miria, a lo que su padre accedió gustoso. Al otro día después de hacer los preparativos del viaje y despedirse de sus padres, el joven montó en su brioso corcel de batalla, llevando sobre un hombro a Naldo, tal era el nombre del pájaro, y dirigióse rumbo a Perdol.

Después de mucho caminar bordeando siempre la costa, acampanaron con su amigo en una hermosa playa. Estaban ya por dormirse cuando Fazo sintió un ruido extraño en una roca vecina, se levantó sin hacer ruido alguno y se dirigió a ella.

Se trataba de dos peces de escamas de oro que brillaban a la luz de la luna y entablaron el siguiente diálogo: —Ola hermano, —dijo el más grande — ¿qué novedades me traes? — El otro respondió: — Tengo una gran noticia que darte, el rey de los peces dorados, cautivó estos días una hermosa Emperatriz y piensa hacerla su esposa dentro de 5 días, a no ser que la salven antes. — ¿Y hay alguna forma de rescatarla? — preguntó el otro. — Sí, prosiguió el otro. El rey es muy aficionado a ciertos insectos gigantes que existen en estas regiones llamados Ardeos y si alguien pillara uno y lo pusiera cerca de estas rocas por donde el rey se pasea muy a menudo, él trataría de comérselo, lo que se podría aprovechar para darle un tajo en la cabeza, lo mataría inmediatamente y enseguida se le sacaría la Emperatriz del vientre donde la guarda celosamente. — Terminada esta confesión, ambos hermanos se despidieron y enseguida se arrojaron al agua en distintas direcciones. Fazo al otro día amaneció muy contento con lo que había oido la noche anterior y preguntó a su amigo, qué era un Ardeo, éste le dijo que era una especie de gusano gigante con unas alas muy pequeñas y que se podía encontrar a esa hora en los árboles de esos lugares.

Fazo se dirigió a un pequeño bosque que divisó, al llegar a él vió efectivamente que habían muchos de esos insectos. Fácil fue tomar uno y llevárselo.

Hizo Fazo lo que había dicho el pez la noche anterior. Puso el Ardeo sobre el agua clavado en un palo y se ocultó convenientemente tras una roca.

Al poco rato apareció el rey de los peces dorados y al ver al Ardeo se lanzó sobre él, para embullírselo, lo que Fazo aprovechó para darle una terrible estocada en la cabeza. Fué cuestión de minutos sacarla fuera del agua y al abrirla el vientre, salió de él una muchacha tan hermosa que Fazo la miraba extasiado y no atreviéndose a dirigirle palabra alguna, ella arrodillándose ante él le dijo: "Hermoso príncipe, me has salvado la vida, por lo tanto soy tu esclava, disponed de mí".

Naldo al ver a su ama voló a su hombro cantando de alegría. En tanto el príncipe, tomado a la hermosa Miria de un brazo, la levantó diciéndole: "Hermosa princesa, nada temás que estás en manos de un amigo, el cual sería muy dichoso si lo aceptases como esposo". A lo que ella accedió muy



gustosa, pues se había visto enamorado del príncipe a primera vista.

Naldo voló inmediatamente en dirección al castillo de su ama donde dió la buena nueva a sus habitantes, los cuales lloraban emocionados.

Poco tiempo después se celebraban las bodas de Miria y el nuevo emperador de Perdol. Asistieron a esta boda todos, Reyes y Emperadores de los países vecinos, entre los reyes figuraba el ya viejo rey Eduardo y su esposa que no cabían en sí de gozo, al ver a su hijo casado con tan poderosa y hermosa soberana como Miria.

Fazo y su esposa, gobernaron durante largos años en los cuales nació un hijo, lo que colmó más aún la dicha de los Perdoleños y sus gobernantes.

CHIEF



Ojeda.— Deficiente sus dibujos. Esfuérzese más en el arte del dibujo.

ENTRE COLABORADORES

Luis Sánchez Rivera, (Arpe), pide a todos los colaboradores de "El Colegial", se sirvan enviarle un dibujo para su álbum en preparación, principalmente a Guile, Ciro, Armando Roska, Alej, Tío Atilio, Harán, Pond's, Sin Nombre, Nanita, etc. Su dirección es Palermo 1557, (Avenida Independencia) Santiago.

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de	\$ 200
5 " " " " "	100
10 " " " " "	50
Cortes de género.	
Cortes de casimír.	
Baterías de cocina.	
Medias.	
Suscripciones semestral a "EL COLEGIAL".	
Pelotas de fútbol.	

Chombas.

Bicicletas para niños y niñas.

Radios.

Zapatos para niños.

Zapatos para niñas.

Tazas de porcelana.

Caleinetas.

Juegos de Té.

Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140

CORRESPONDENCIA

Else Becker.— Nos hemos sentido intensamente commovidos con un gran orgullo al leer su simpática carta que nos ha enviado. Queda aceptada como una entusiasta colaboradora de esta admirable revista.

Hada.— Aceptada entre nuestros colaboradores, se publicará su jeroglífico.

Vasco Núñez.— Se publicarán algunos de sus dibujos, pues los demás están regulares. Aceptado.

Hahuey.— Aceptado como colaborador, buenos sus dibujos, pronto aparecerán en "El Colegial".

Malva Ovalle de la Cruz.— Muy agradecidos de su amable cartita, hermosas sus poesías.

Bill.— Haga los dibujos con tinta china, de líneas y más pequeños. Sobre lo que nos habla, muy pronto le escribiremos una carta.

Tío Atílio.— Buenos sus dibujos, trate de hacerlos más chicos.

Aguila Azul.— De los dibujos que envió uno publicaremos, ya que a los otros les falta mucho ejercicio. Aceptado como colaborador.

Ricardo von Thaublic.— Le aceptamos como colaborador, le daremos su poesía, que es buena.

Josary.— Buenos sus dibujos.

El Zorro.— Bonito su cuento, se publicará. El cuento se escribe aparte, los dibujos en cartulina blanca y con tinta china negra.

Zwing.— Hermosa la poesía que nos envió. Aceptado como colaborador.

Harán.— Muy bueno su dibujo, irá en breve, tenga paciencia porque hay muchas colaboraciones atrasadas.

EL SECRETARIO

SOLUCIONES DE LOS PASATIEMPOS

N.º 25

El General. por ALEJ; Cheche, Alej, Lord y Arpe.

El Conejín. por NANITA; Ciro, Olga, Ne-
gro, Ebro, Jota, Iris y Nora.

El Paracaidista. por POND'S; Manuel y
Marcelo.

Jeroglífico. por CHECHE; Herencia.

Jeroglífico. por NINO; Soldados.

PREMIOS DE LOS PASATIEMPOS

N.º 25

Se dió un premio de \$ 5, a ALEJ, por su dibujo "El General", y 5, a NANITA, por su dibujo "El Conejín".

Habiendo llegado dos soluciones exactas solamente, le correspondieron los premios a: \$ 5, Huguette Barrandeguy, (Castro 237, Santiago), y \$ 5, Guillermina Rojas F. (2 Poniente 1511, Talca).

GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA
EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN
DERECHO A UN BOLETO PARA ES-
TE CONCURSO.

CUPON N.º 17

SUSCRIBASE A

'EL COLEGIAL'

ASEGURANDO ASI SU NUMERO
PARA LA COLECCION.

Oficinas Diez de Julio 1140.—Santiago.

\$ 50 al Año.

\$ 25 medio Año.

Puede llamar al teléfono 85152 para que pasen por su casa por el valor.

Los que se suscriban en el mes de Octubre, por un año, se les regalará la colección desde el primer número.

LOS CANJES DE ESTOS CUPONES SE HACEN EN LA LIBRERIA "CLARET", DIEZ DE JULIO N.º 1140, SANTIAGO

EL TAIQUE

Desfontainesia Spinosissima R. Et Pav. Var. Hook.

FAMILIA: LOGANIACEAS

Es sin duda uno de los arbustos más preciosos. Se le conoce además como Trautrau, michai blanco y en Chiloé, como chapico. Alcanza a una altura de 1-1,5 metros. En el verano se cubre enteramente de flores largas anaranjadas que forman un hermoso contraste con el verde oscuro de las hojas. Se encuentra formando tallares bajos en los alerzales de la cordillera de Los Andes.

Las hojas, (5-6 cm. de largo), se parecen mucho a las del acebo. Por su forma son aovadas, cortamente acuñadas en su base. El borde está irregularmente dentado. 3-4 de los dientes mayores terminan en espinas rojizas, defendiendo así a la planta contra la voracidad de los hervívoros.

Las flores nacen en las axilas sostenidas por cortos pedúnculos. Las brácteas son muy pequeñas y foliáceas. El corto cáliz es 5-partido; las divisiones son puntiagudas y pestañosas.

El fruto es una baya verde amarillenta, del tamaño de una cereza, que contiene en 5 cavidades numerosas semillas de unos 5 mm.

Abunda el taique desde la provincia de Maule hasta el Estrecho de Magallanes. Las hojas amargas se utilizan para teñir de amarillo.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

EL MARIPOSÓN (*Mantis Gayi*)

Este Ortóptero es común en Chile y en el mundo hay muchas especies que se conocen con el nombre de adoradores de Dios, por la actitud tan especial que toman cuando están posados. Las extremidades anteriores las tienen preensoras, es decir, pueden tomar como nosotros los objetos. De esto se valen para atrapar a otros insectos que constituyen su alimento porque los Mariposones son todos carnívoros. En otras partes se les llama Mamoretá o Predicadores, etc.



ANGELINA Y LOS MELLIZOS



1. Quico y Caco pusieron el radio y empezaron a oír la transmisión sentados en el suelo. El locutor decía: "Damos a nuestros auditores la noticia de que un león se escapó del Zoológico..."



2. Angelina que había visto a los mellizos decidió hacerles una jugarreta para castigarlos por todas las diabluras que los mellizos le habían hecho a ella en tantas otras ocasiones.



3. El locutor seguía hablando, mientras los mellizos se quedaron dormidos. La estación transmisora puso un disco para hacer conocer a los auditores cómo rugen los leones de la selva.



4. Quico y Caco despertaron al oír un tremendo rugido. Y huyeron espantados al ver un león junto a ellos, que rugía ferozmente. —¡El león del Zoológico! gritaron los mellizos atemidos.



5. En ese instante entró Angelina y sin dar muestras del más mínimo temor, se acercó al terrible león y empezó a acariciarlo como a un perrito. Quico y Caco estaban asombrados, aturdidos.



6. Pero de repente Angelina arrancó la piel de león con la cual había cubierto el receptor de radio y los mellizos se dieron cuenta de la broma, mientras Angelina reía como nunca.